

**CUENTO N° 149**

**TÍTULO: LA CONFESIÓN DE SERAFÍN**

**SEUDÓNIMO: ALBATROS**

**AUTOR: ARTURO ALBERTO LEÓN BATISTA**

## La confesión de Serafín

Esa tarde llovió como hacía tiempo no se veía llover en el pueblo. Desde la madrugada Serafín no dejaba de pensar en el consejo que su madre le había repetido infinitas veces: si cometes una falta, no importa lo grave que sea, debes contárselo a tu madre. Esa sentencia le había quedado grabada a fuego a Serafín. Treinta años después le daba vueltas sin parar en su cabeza cada vez que recordaba cómo había tomado en sus manos la venganza, disparándole a quemarropa a Emeterio, su amigo desde la infancia, luego de que con lágrimas en los ojos éste le contó que había dormido con su mujer.

Serafín ya no podía seguir cargando con la culpa de ese asesinato que le apretaba el corazón y no lo abandonaba de día ni menos de noche. La culpa lo torturaba con más fuerza desde el día que se había quedado solo, sin su amigo y sin su mujer. A la culpa se agregó la pena de perder a su madre, la santa mujer que lo había traído al mundo y que lo vio crecer sin su padre. Ya no había nadie que lo aliviara del peso del horrendo crimen que cometió eneguecido por los celos. Nadie, pensó, excepto el padrecito que vive y oficia en la pequeña parroquia del pueblo. Se acordó entonces que su madre, una mujer piadosa que no se perdía la misa dominical, le había dicho que según la fe que profesaba, la confesión permitía aliviar la culpa y, lo más importante, quedar limpio a los ojos de Dios.

Con ansias esperó al domingo y antes de que se iniciara la misa abordó al cura Diosdado para pedirle que recibiera su confesión. Hincado en el oscuro y viejo confesionario Serafín le confió al sacerdote su terrible crimen. Liberado de la culpa –así lo creyó- salió de la iglesia antes de que se iniciara la misa de ese domingo y

corrió al bosque, al mismo lugar donde le había quitado la vida a Emeterio. Envuelto por el aroma de los eucaliptus y de los pinos le dijo cosas en voz alta a su amigo muerto y se sintió liberado de la angustia que soportó por años. Gritó con fuerza y se sintió más liviano, aunque apenas podía caminar por el barro que había dejado la lluvia de la noche anterior. Pero lo mejor de todo, pensó Serafín, es que nadie podría enterarse del crimen porque le había escuchado decir a su madre que en ninguna circunstancia un sacerdote puede contarle a nadie lo escuchado en el santo secreto de la confesión, por grave que fuera el pecado ante los ojos de los hombres. Perdonado y a salvo Serafín se prometió no dejar de asistir a la misa dominical.

Por más que quiso, el cura Diosdado no pudo dejar de pensar en el horrendo pecado que le habían confesado; fue entonces cuando le vino a la memoria el crimen no resuelto que por muchos años sacudió a los habitantes del pueblo y del que ya nadie hablaba. Tampoco la policía, la que había cerrado el caso por falta de pistas para dar con el asesino.

Luego de su acostumbrada siesta del domingo por la tarde, el cura recordó el llanto de los padres de Emeterio y también el día en que un desdichado le había confesado que había tomado la esposa de un amigo. Cómo habían sufrido –pensaba Diosdado– esos desconsolados padres sin siquiera entender la razón de tan absurda muerte y lo mucho que los mortificó no saber quién y por qué habían asesinado a su hijo. Hasta avanzada la noche el cura pensó una y otra vez en lo que le había confesado Serafín. Mientras más pensaba en lo injusto y absurdo de un crimen no resuelto más le parecía que en ciertas circunstancias el secreto de una confesión debía ser sacado a la luz. Estaba en sus manos denunciar a Serafín, que lo conocía

bien desde niño y por su voz supo que era él quien había cometido el crimen. Quería que pagara su pecado ante la ley de los hombres y hacer justicia, pero sus votos se lo impedían. Mientras más lo pensaba menos entendía el sentido profundo de la confesión, pero al mismo tiempo seguía creyendo que el secreto del confesionario era parte sustancial de la misericordia de Dios que -según su credo - todo lo perdona. A medida que se inventaba razones que justificaban revelar a la policía el secreto que le habían confiado, se imaginaba otras de igual peso para no hacerlo. Obedecer es digno, pensaba Diosdado, pero a veces ¿no será más digno desobedecer? Varias horas estuvo en esa duda antes de entrar en la insoportable sensación de no ser capaz de decidir y padeciendo ese estado mental de indefinición que corroe casi tan fuerte como la culpa. Tarde en la noche, cuando ya no soportaba más esa situación y mientras se mesaba frenéticamente el cabello, Diosdado decidió aliviarse quitándose la vida.

Serafín asistió al entierro, pero se mantuvo alejado de los habitantes del pueblo que habían ido a despedir a su querido cura. Fue así como el secreto de la confesión de Serafín quedó bajo tierra.

////////////////////